

PÁGINAS CINEMATOGRAFICAS

Las grandes figuras del "Film"

ANTONIO MORENO



He aquí la figura del héroe de las películas en series que con tantísimo éxito se proyectan en la pantalla.

Antonio Garrido Monteagudo Moreno, —que éste es el nombre verdadero de nuestro artista—, es español, y como todos los españoles que han sufrido la trasplatación a otro suelo, ama a su país y siente verdadera pasión por todo lo que es de su patria.

«Tony», como le llaman sus compañeros de allende los mares, nació en la corte de España. Su padre, don Juan, era militar y murió heroicamente en el cumplimiento de su deber. Antonio quería seguir la misma carrera honrosa de su

padre, pero azares de la vida fueron causa de que no se realizasen sus deseos, porque un amigo de la familia y tutor suyo, el abogado don Enrique Zanetti, le disuadió de sus propósitos, poco firmes en aquel entonces, y a la edad de quince años se lo llevó consigo a Norteamérica, donde dicho señor tenía y tiene grandes

negocios. Antonio creció, completó su educación y se impuso prontamente en los múltiples asuntos que su tutor manejaba. Demostró siempre gran afición a toda clase de deportes, y las horas libres de que disponía se las pasaba en el gimnasio, compitiendo en agilidad con todos sus discípulos.

Una emocionante y heroica aventura «de verdad» fué causa de que poco tiempo después realizase en la pantalla una serie estupenda de ellas, aunque, ciertamente, no tan verdaderas, pero que en cambio le han hecho famoso en el mundo cinematográfico y le han reportado una regular fortuna. Fué el caso que se declaró un imponente incendio en uno de los «rascacielos» de la ciudad, y habiendo quedado éste rodeado y aislado por las llamas, se vió que no eran posibles los servicios de salvamento que efectuaba sin descanso el cuerpo de bomberos. Debía hacerse una maniobra especial, y cuantas tentativas para ello se realizaban quedaban sin resultado, pese a todos los esfuerzos que se hacían. Antonio, que presenciaba los trabajos de salvamento y se enteró de las dificultades que se presentaban para llevar a lo alto del edificio incendiado una larga y ancha manga de lona, especie de «tobbogan» por cuyo interior se deslizan las personas, se ofreció espontáneamente a efectuar tan arriesgada operación. Momentos después y ante la general estupefacción, se le veía cruzar la calle, yendo desde una casa vecina a la incendiada, pirueteando por los cables del teléfono y llevando consigo una cuerda a la que estaba atado el saco de lona de que antes hemos hablado, y merced al cual se salvaron muchas personas, que debieron la vida al arrojo de nuestro intrépido compatriota.

Su popularidad nació en aquel instante, y nuestro héroe sufrió la pesadilla inevitable de las «interviews», de los fotógrafos, de los dibujantes y caricaturistas y del indispensable «manager» cinematográfico que, al apreciar las dotes que poseía Antonio Moreno, se apresuró a ofrecerle un tentador contrato para actuar en una serie de películas de largo metraje, donde tenía que encargarse de realizar proezas sin cuento. El «manager» descubrió en él un filón que explotar y no se equivocó. Antonio Moreno triunfó desde el primer momento.

Volviendo sobre el tema de su patrio-

tismo, diremos que todos los españoles necesitados que buscan su apoyo le hallan siempre dispuesto a favorecerles. Moreno queda encantado cuando se le habla de nuestra tierra. Muchos de nuestros compatriotas saben este su punto flaco y abusan del simpático «Tony». Esta flaqueza le cuesta mucho dinero a veces. A un amigo que le riñó cariñosamente sobre este particular, Antonio le dijo:

—Si supiera que había de poder trabajar hasta mi muerte, daría de buena gana todo lo que me sobra de lo que necesito para vivir.

Una de sus aficiones favoritas es la de proteger un asilo para huérfanos desvalidos que él, junto con dos famosos artistas, Mary Pickford y Tomás Meighan, fundó hace tiempo. Antonio y Tomás representan los padres adoptivos y la pequeña Mary la *mamá* de los huérfanos. La fundación se llama «Los Angeles Orphans Asylum» y está regentada por una bondadosa monja, la Hermana Cecilia.

Hace poco los huérfanos de este asilo dieron un concierto, con el que anualmente conmemoran el aniversario de la fundación. Una de las partes del programa la componían algunas películas selectas, interpretadas por Mary Pickford, Tomás Meighan y Antonio Moreno, películas que llenaron de entusiasmo a los pequeños, quienes a su vez representaron una comedia graciosísima que escribió para aquel acto otro famoso artista, autor de notabilísimos argumentos cinematográficos. Los pequeños actores interpretaron admirablemente la obra y *los papás* aplaudieron muchísimo la representación, con gran regocijo de todos.

—La Hermana Cecilia, —dijo Antonio—, me riñe constantemente porque no voy a la iglesia, y yo le digo que ella y los huérfanos bastarán seguramente para ganarme el cielo.

Antonio Moreno tiene una memoria maravillosa. Durante una visita que hizo a Nueva York, varias periodistas femeninas le hicieron una «interview». Tuvo

él forzosamente que marcharse a California al día siguiente y no pudo ver lo que escribieron de aquella entrevista en los periódicos, pero encargó a un amigo suyo que no dejara de enviárselos cuando se publicaran. Dos de las «interviews» salieron a la vez, y el amigo se apresuró a enviarle unos ejemplares. Mucho debió gustarle a Antonio lo que dijeron las periodistas de él, por cuanto el amigo recibió días más tarde un telegrama ordenándole que mandase un buen ramo de rosas y una carta de agradecimiento a cada una de las dos bellas periodistas. Esto ocurrió en invierno y el amigo se vió algo apurado para complacerle, pues en aquella estación del año no son las rosas flores que abundan mucho. Pero, en fin, el amigo cumplió como pudo el encarguito y las dos bellas muchachas se vieron sorprendidas cierta mañana por el recuerdo y el lindo ramo de rosas de Antonio. Un mes más tarde se volvieron a ver los dos amigos y entonces el de Nueva York le dió cuenta de cómo había cumplido el encargo. Nuestro héroe, que comprendió que los ramos no habían sido todo lo hermosos que él deseaba, lo sintió muchísimo e incluso se enfadó con su amigo por no haber revuelto toda Nueva York hasta dar con unos ramos dignos de él.

Antonio Moreno es soltero y, como buen español, es muy galante con las muchachas. Esto ha sido la causa de que muchas veces se vaya hablado de sí se había casado con tal o cual artista, como, por ejemplo, con Edith Story, Alice Lake, Viola Dana, Alice Joyce y varias más; pero hacemos constar con gusto que no es cierta ninguna de tales suposiciones; y decimos con gusto, no porque seamos partidarios del celibato, sino porque estamos seguros de que hasta el momento presente continúa soltero.

El casillero de su correspondencia particular, que tiene en los «studios» donde trabaja, es de los que más favorecidos se ven, dándose la particularidad de que la mayoría de los sobres ostentan letra de mujer...

Sería curioso saber lo que piensa nuestro compatriota y la opinión que tiene formada de las mujeres en general, pero este delicado punto no ha llegado a ser todavía de dominio público y nosotros, claro está, nos guardaremos muy bien de aventurar nada sobre este particular.

Únicamente, y para conocimiento de las muchas mujeres aficionadas a escribir cartas a los artistas de su preferencia, diremos que al preguntar no hace mucho a Antonio Moreno si recibía muchas cartas de amor, contestó: «Es cosa que hace reír, pero nunca había recibido eso que usted llama cartas de amor, hasta que representé con Edith Storey *La Isla de la Regeneración*.

—¿Y qué le dicen a usted?

—¡Oh! — replicó riendo Moreno —. ¿Pero es que usted cree que yo tengo tiempo para leer cerca de 100 kilos de cartas que diariamente llegan a mi poder? ¿Cuándo haría entonces mi trabajo, y el entrenamiento deportivo a que necesariamente debo entregarme?; ¿qué tiempo me quedaría para descansar, cuando por las tardes llego rendido de fatiga del *studio*? Para leer toda esa amable correspondencia tendría que dejar de comer y de beber y de dormir... Creo que el mejor modo de responder a las cartas de estímulo es trabajar y esforzarme en hacer cada vez mejor los papeles que mis directores tengan a bien confiarme.

No está de más advertir aquí que Antonio Moreno tiene secretarios que envían las fotografías que se le piden, cuando las demandas van dirigidas a «Vita-graph-Studios Prospect and Talmadge Streets. Los Angeles. California (U. S. A.)».

Antonio Moreno es uno de los más ferribles partidarios del arte cinematográfico y no porque haya adquirido fama y dinero con él, sino porque siente una especial delectación en el trabajo que ejecuta en los «films». Le gustan extraordinariamente las películas en series, porque el trabajo es siempre continuado. Es uno de los pocos artistas verdaderamente incansables de la escena muda.

Una de sus particularidades más notables es la puntualidad; es casi una obsesión para él el llegar puntual a las citas. Cuéntase el caso de que debiendo estar en determinada hora en una ciudad cercana a Los Angeles, se retrasó el tren que lo conducía, haciéndole temer que llegaría con retraso notable al punto de destino. No quiso saber más Antonio, y en la primera estación en que paró el convoy, se apeó y fué en busca de un auto; no encontró ninguno que le sirviera para la velocidad que deseaba. Ya desesperaba, cuando alguien le indicó un campo de aviación que había a poca distancia. Momentos después Antonio, que había contratado a un aviador pagándole a buen precio el pasaje, partía en el aparato, perdiéndose en el espacio. Así y todo, llegó a la cita con cinco minutos de retraso, con hartó pesar suyo. Lo mejor del caso es que la cita era con cierto individuo que le había de enseñar el funcionamiento de un aparato de

hidroterapia de relativa importancia...

Una de sus mayores ambiciones actuales es la de venir a España para visitar a su madre, doña Ana Moreno, que habita en un pintoresco pueblecito cercano a Gibraltar, y hacer una película de ambiente español, pero con la técnica norteamericana, y en la que él sería, naturalmente, el principal protagonista. Los contratos que tiene firmados con la «Vita-graph» le impiden por el momento realizar sus deseos.

Las mejores películas en serie que ha hecho son: «El monte del trueno», en quince episodios; «La prueba del hierro» también en quince episodios; «La mano invisible», igualmente en quince episodios. Recordamos también «La casa del odio», en doce episodios, que interpretó con la bellísima e intrépida Pearl Withe. También son dignos de mención los cinedramas «En Naulahka» y «Drama del Refugio».

RAYMOND DE BAÑOS

